

# Cumbre en el aire

JOSÉ BAENA BAENA

PRÓLOGO DE PAZ H. PÁRAMO

  
UNARIA  
EDICIONES

Primera edición: Octubre 2018

**Textos**

José Baena Baena

**Diseño**

Akane Studio

**Edita**

Unaria ediciones

[www.unariaediciones.com](http://www.unariaediciones.com)

[hola@unariaediciones.com](mailto:hola@unariaediciones.com)

**ISBN**

978-84-948555-9-7

**Depósito legal**

CS 1024-2018

© De los textos: sus autoras/es

© De las imágenes: sus autoras/es

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

# **CUMBRE EN EL AIRE**

**José Baena Baena**

## Prólogo

*Corre mi tiempo mezclado  
de arena y agua y ningún instante resiste  
el pasar de la criba*

**José Baena**

Los libros valiosos marcan la vida, hablan, despiertan, consuelan, son nuestra sabiduría. Un libro es hijo de su autor y de su época decía Unamuno, pero sobre todo, un libro es de todo aquel que lo lea.

Es recordando tan sabias palabras que tiene sentido empezar hablando de este tiempo, que también abordará el libro, y de la actual dinámica de una sociedad líquida.

Detengámonos, pues, un instante en el entorno fluido que conforma un tiempo tan aceleradamente transitorio, un lapso que se escapa entre los dedos convirtiendo la verdad misma en un fenómeno temporal e intrascendente en la rompiente de datos e informaciones. Detengámonos a observar con atenta calma el paisaje que es nuestro propio devenir. La vida siempre encuentra cauce. La vida, motivo último de la poesía, relación entre lo finito y lo infinito, entre el yo y la alteridad, se resiste a ser reducida hasta lo efímero.

A esta razón, confío la última palabra a la poesía, pues son los poetas quienes saben encontrar los lugares, desarraigarse, agrietarse. Es este el contexto al que accede José Baena con precisión y hondura: 'Yo pensaba que existía la piedra esmeralda / la gota de oro, la aguja que de repente /sale del círculo'.

Cumbre en el aire alberga todo tipo de fuerzas antagónicas, resuena en el secreto rocoso, se erige humilde paisaje aproximándose a la inefable generosidad de lo que no es útil, mas sí liberador. Hay nobleza

en el pensamiento de José Baena, la nobleza de caminar hacia delante no sin la compañía de una duda tan terriblemente humana como se presenta aquí la incertidumbre primera: “¿Qué pasará si se levanta el viento?”

La metáfora fundamental, sonoridad y belleza estética —características de la voz del autor— inicia en un recorrido por el dolor antiguo, infligido y recibido, que dará paso a las cumbres. Símbolo de una búsqueda ascendente que despliega una madurez catártica.

Se ilumina aquí el tejido de lo profundo, la pregunta inconsciente, una coral de numerosos anillos concéntricos arborecen en diferentes niveles narrativos. El existencialismo humanista se destila de estas crónicas que escalan con asombro la colina primigenia.

Con la duda, Baena entra en la amplitud, recorriendo una orografía suspendida que será a la vez escenario y mecanismo para dar rienda suelta a la búsqueda existencial del yo poético, mudando el detenimiento contemplativo en praxis de la amabilidad —rasgo firme y definido de la persona que ama— En el pináculo abisal de la vida / la veta del amor.

Aquí, cada poema es una errancia que destaca por su tremenda honestidad. Un peregrinaje trascendente que fluye despacioso por las sinuosidades de la memoria, el ser y la fragilidad de los vínculos humanos; no inicia ni concluye y / nadie puede predecirlo. No habrá versos edulcorados, ni afirmación redentora: no hay clamor ni alabanza al /clausurar el festín / del dios humano. Sí, en cambio, la valiosa y auténtica comprensión de haber vivido y ser testigo de lo real, una mirada integradora que aúna compasión y verdad.

En una época que amaga sepultarnos en identidad, José Baena escribe la yesca, el polvo, palabras para lo vulnerable, brillante liturgia de lo humano.

**Paz H. Páramo**

¿Qué estaba haciendo ella cuando sopló el vendaval  
sobre las siete colinas, el rojo surco, la montaña azul?  
¿Estaría ordenando tazas? Es importante.  
¿O escuchando junto a la ventana?  
En ese valle el tren retumba estridente como almas  
[colgadas de ganchos.

*What was she doing when it blew in  
over the seven hills, the red furrow, the blue mountain?  
Was she arranging cups? It is important.  
Was she at the window, listening?  
In that valley the train shrieks echo like souls on hooks.*

SYLVIA PLATH

**¿Qué pasará si se levanta el viento?**

**ALGO** va a levantarse en pos  
de tu derribo.

Tú estarás empujando el  
cielo hacia arriba.

Lengua tuya molde roto  
para no esculpir el mismo  
cáliz de palabras.

Tú que estarás empujando una  
flor hacia dentro  
por tu garganta.

Quizá procurando entender  
lo que no ha acaecido.

Algo que va creciendo una  
pregunta en la mañana  
y en la sangre.

Así  
como va saltando  
la sal del miedo entre la lluvia  
acudirá.

Vendrá por todas partes también  
de dentro y sobre todo.

Nada podrás hacer para evitarlo.

Salvo aguardar en silencio.



**SI** se levanta.  
Si nadie lo anuncia y solo aparece.  
Boca abierta como cielo que cae,  
solo un diente amarillo  
para no masticarte,  
para alumbrar el día de tu siega.

Si no te ahoga.  
Si deja que lo lamas como a un perro.  
Si se aposta dócil en tu laringe  
y articulas vida sin  
saber bien cómo.

Si no lo esperas como no se espera  
lo inevitable. Si le das cobijo.  
Si tu cuerpo contribuye a su causa  
al desplazarse.  
Si no inicia ni concluye y  
nadie puede predecirlo.

Si se levanta.  
Si va a tu encuentro y su faz no existe,  
no hay respuesta,  
vacío ni ojos ni  
con qué enjaularlo.

Si te visita.  
Si en tu casa no encuentra sol ni paz  
a los que atarse,  
pero vincula tu aliento y  
quedas mudo a medio salto,  
no temas.

Si se levanta,  
si se libera y ten por seguro que  
ya lo está haciendo,  
más te vale no haberte  
rendido de antemano.

Escúchalo venir  
sin apartar la vista.  
Sube.

El viento no perdona a los cobardes.

**VAN** por el aire las olas  
y no las vemos chocar  
en nuestros ojos.

En los oídos.  
No hay verdadera voz  
solo playa intuida,  
recuerdos de piel mojada  
interferencias.

No hay verdadera playa  
solo peces que salpican  
agitándose al rumor  
de las olas.

Esas olas que se van  
por el aire sucio ya  
desde el origen,  
por el aire que me surcas  
sigiloso, tamizado,  
convertido en otro viento  
tras el mar.

Solo perdura cierta  
la sal en los bordes,  
la etiqueta emborronada en este  
varar de botellas,  
donde nadie consigue salvar  
su verdad sino el dolor,  
circulando en blancas ondas,  
invisibles,

por el aire.

**LA** abuela me tejía un gorro  
una bufanda un suéter.  
Tejía mi abuela una camisa  
una chaqueta un traje.  
Mi abuela murió tejiendo un  
amanecer tardío una  
noche temprana.  
Lágrimas deshilachadas,  
boca pespunte, gato  
que no miraba a ninguna parte.

La abuela que ni un hilván de llanto  
entre mis prendas, la abuela que enhebraba  
la risa sin esfuerzo, la abuela que jamás  
una puntada indecisa, la abuela que no zurcía  
con hilo negro la abuela, la abuela,  
manca desde la cuna, ciega porque la vida,  
nos cosía las agallas a la piel con el ejemplo.

La abuela me tejía aquella tarde un jersey  
un amor un fular una esperanza.  
Agonizaba el ovillo aquella tarde  
y el gato acechaba sus ojos.  
Ya urdieron el aire las agujas sin hilo en  
su piel de nieve y latigazos,  
la costura del viento en la sangre dejó  
su corazón de niña en desbandada,  
su vieja carne ya desvanecida.  
En la silla afiladas quedaron inmóviles  
dos agujas cosidas a un nudo de tiempo.

Ahora solo conservo un armario inútil  
donde cuelgan las camisas  
planchadas del recuerdo,  
pantalones con la línea impoluta del vacío.

Pero yo estoy desnudo y sin valor para llorar  
sin valor para crecer o desvestirme.

Mi legado es ramillete de agujas usadas,  
arca de cierre triple para el hilo negro,  
viento que en el vestido acanaladuras,  
y un felino extraño que no es de nadie  
y pasea silencioso por la casa.

La abuela tejió allí una labor sin descanso un  
ajuar tras otro de hogar y vestimenta,  
mas nada de aquello habrá de verlo el sol,  
ni un jirón de nuestra piel  
cuando el viento amaine.

Solamente un baúl de retales negros  
y ese gato malicioso que nos mira.

**CREES** que ha sido el otoño  
pero eres tú  
quien rompió los cristales.  
Tú quien dio cabida al viento  
sin origen. Y yo.  
Yo que nada sé de él  
pero aún así  
te contaré su historia.

Tu frío pendenciero de diciembre  
le dice alto ahí a la lluvia,  
quietas todas las lágrimas  
no se mueva nadie.  
Y en los ojos de los árboles  
con las manos arriba,  
las gotas que debieran rodar se asustan,  
enrejadas como perlas detenidas.  
Y ese frío navajero de diciembre  
no se roba el colgante de la escarcha.  
Se deleita observando al cielo  
desnudarse en tromba, sin poder caer,  
porque una lanza de hielo le apunta.  
Y de tanto retenidas las prendas  
de las gotas paradas se acumulan,  
y en los árboles entre las ramas crecen  
espejos de lluvia.

Entretanto la primavera avanza  
buscando arriba su reflejo ausente.  
Tu boca se abre húmeda sobre el cristal  
diciendo una imagen de sí en el aire.

Pero el viento asciende pronto y  
hay que crecer deprisa.

Se hunde grácil el navío  
del cuerpo en las bocas,  
el vidrio que corta el futuro  
atestigua en los árboles  
cortejo, desfile mustio,  
narciso arrancado.

Y en el verano el peso de todos  
sobre la orilla, muertos  
sudando hamacas mientras  
se eleva el fulgor jadeante  
de las horas. Ninguno  
persigue el tiovivo irisado  
de la ausencia, el bosque  
de nadie que enciende  
bengalas en remolino.

Y allí esperándote a ti  
se desiertan espejos,  
seca la imagen vacía  
que dejaste colgada.

¿Lo ves?

El otoño no tiene la culpa.

Hojas que son cadáveres  
de espejos caídos,  
miembros de su fractura,  
cristal sin azogue.  
Tú los pisas ahora y  
no resbalan tus pies  
sino la sangre.